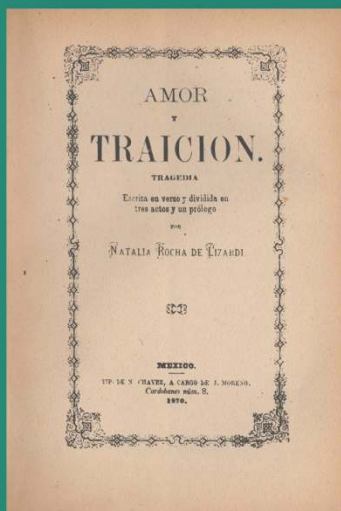


RESONANCIAS

La EDUCACIÓN y
la UNIVERSIDAD
en el TIEMPO



1870

Amor y traición

Tragedia escrita en verso
y dividida en tres actos
y un prólogo

Natalia Rocha de Lizardi

INTRODUCCIÓN

Luz María Gil Vanegas



iisue

Localizar fuentes documentales es una tarea ardua y apasionante, donde cada logro reactiva su vigencia y abre la posibilidad de compartirlas, ante nuevos públicos, obras que hasta ese momento se consideraban únicas, de difícil acceso, perdidas o irrelevantes.

Tal es el caso de *Amor y traición*, obra de teatro escrita por Natalia Rocha de Lizarde, publicada en 1870 en la Ciudad de México y que aquí compartimos a manera de facsimilar. Agregamos un par de textos preeliminares para contextualizar el proceso de búsqueda y, en la medida de lo posible, la vida y obra de esta precursora del teatro mexicano de finales de siglo XIX de quien sabemos muy poco.

Esta publicación inaugura formalmente la serie Resonancias. La Universidad y la Educación en el Tiempo, dedicada a presentar en formato digital una selección de hallazgos documentales, surgidos del trabajo de investigación realizado en el IISUE.

Conoce nuestro catálogo en acceso abierto:

iisue.
unam.mx/
publicaciones

DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.9786076423288e.2025>



iisue

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación

Colección Resonancias. La Educación y la Universidad en el Tiempo

Catalogación UNAM

Nombres: Rocha de Lizardi, Natalia, autora. | Gil Vanegas, Luz María, prologuista.

Título: *Amor y traición : tragedia escrita en verso y dividida en tres actos y un prólogo* [1870] / Natalia Rocha de Lizardi ; introducción, Luz María Gil Vanegas.

Descripción: Primera edición. | Ciudad México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2025. |

Serie: Resonancias. La Universidad y la Educación en el Tiempo.

LIBRUNAM 2282608 (libro electrónico) | **ISBN** 978-607-642-328-8 (libro electrónico)

Temas: Drama mexicano -- Siglo XIX.

Clasificación: LCC PQ7297.R628 (libro electrónico) | DDC 863—dc23

La edición de esta fuente histórica se realizó de acuerdo a los criterios editoriales del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM.

Fuente: Fondo Reservado Biblioteca Nacional de México, Obras Antiguas, Raras (BN-FR), Colección Siglo XIX Mexicano, 1822-1911; M862.2 ROC.a., a través del Área de Digitalización de la BNM.

Coordinación editorial

Jonathan Girón Palau

Edición digital

Enrique César García

Primera edición: 2025, México.

© Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,
Coyoacán, 04510, Ciudad de México
<http://www.iisue.unam.mx>
Tel. 55 5622 6986

ISBN (pdf): 978-607-642-328-8

DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.9786076423288e.2025>



Bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND 4.0 Internacional:

Reconocimiento-NoComercial-SinDerivados

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

ÍNDICE

PREELIMINARES

i Presentación

Clara Ramírez González, Claudia Llanos Delgado
y Carolina Narváez Martínez

iii Introducción

Luz María Gil Vanegas

REPRODUCCIÓN

- 1 Amor y traición. Tragedia escrita en verso
y dividida en tres actos y un prólogo [1870]

PRELIMINARES

PRESENTACIÓN

En nuestra búsqueda de escritos de mujeres del pasado en archivos y bibliotecas, hemos encontrado algunos textos breves, hermosamente editados, que merecen ser conocidos en su totalidad sin pasar por el proceso de transcripción y modernización propio de las ediciones críticas. Son libros que muestran la creatividad de las mujeres y, también, el cuidado puesto en su edición. El primero que publicamos de este tipo fue *Las Hijas del Anáhuac*, semanario creado y publicado entre 1873 y 1874 por maestras y estudiantes de imprenta de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres en la capital mexicana, cuya versión facsimilar tuvo muy bien acogida.

Presentamos ahora *Amor y Traición: tragedia escrita en verso y dividida en tres actos y un prólogo*, obra de teatro escrita por Natalia Rocha de Lizardi y publicada en 1870 por la imprenta Tipografía del Comercio en la Ciudad de México. Es un texto de 50 páginas foliadas, más forro, en tamaño media carta. Un ejemplar puede encontrarse en la colección Siglo XIX mexicano 1822–1911 del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, resguardado por la UNAM, de donde hemos tomado las imágenes, gracias al apoyo del área de repografía.

Sobre la vida de la autora sabemos poco, pese a ser una precursora de la dramaturgia mexicana moderna. Fue también poeta y conocemos, hasta ahora, dos de sus colaboraciones en periódicos de la época. *Amor y Traición* es una obra valiosa para conocer los saberes de las mujeres en el ámbito de la dramaturgia decimonónica, al tiempo que la edición facsimilar nos permite disfrutar del arte de la imprenta

de aquellos años. Por su temática, la obra nos acerca a la vida íntima y familiar de las mujeres capitalinas de finales de siglo XIX: comprendemos sus deseos y su búsqueda de libertad en medio de los destinos trazados que ellas no querían recorrer.

La historia de la educación de las mujeres es un camino arduo de reconstruir. Desde el siglo XVI hasta bien entrado el XX, su formación acaeció en un mundo paralelo al de las instituciones de prestigio, como universidades y colegios. Los rastros de maestras y alumnas son difíciles de seguir, más cuando se afirma que las mujeres no se cultivaron, si bien una diversidad de textos demuestran, al contrario, un desahogado uso de la escritura y su amplia producción de conocimiento. Por ello, los escritos de mujeres resultan las fuentes más certeras para conocer la historia de su educación.

Por todo lo dicho, estamos seguras que esta edición digital abrirá rutas de investigación, ampliará miras y motivará diálogos interdisciplinarios que den cuenta de los diferentes caminos que ha recorrido la historia de la educación y la pedagogía.

Clara Ramírez González, Claudia Llanos Delgado
y Carolina Narváez Martínez

INTRODUCCIÓN

Texto teatral de una autora en la sombra: Natalia Rocha de Lizardi

Luz Marina Gil Vanegas*

Cuando recibí el texto de Natalia Rocha de Lizardi, *Amor y Traición*, enviado por mi estimada amiga Caro Narváez, sentí curiosidad dada mi experiencia como actriz y directora escénica, y creció mi interés al advertir que se trataba de una autora mexicana de finales de los 1800.

El nombre de Natalia no se halla vinculado ni a la dramaturgia ni a la poesía mexicana del siglo XIX, donde abundan los nombres masculinos, pero sí como colaboradora de *El Mensajero*, periódico de política, ciencias, literatura y variedades, con anuncios varios como los del “ferrocarril México-Tlalpan y México-Tacubaya”.¹

Sus textos identificados en periódicos son poemas: “A la simpática artista Señorita Maria de Jesus Servin”, de 1870 y dedicado a una actriz mexicana, en *El Monitor Republicano*² y “Última semana del Señor”, un año después, en *El Mensajero*.³ No es difícil imaginarla publicando sus versos, como tantas otras mujeres, en los espacios de varones artistas e intelectuales afines al ideario republicano.

* Abuela, actriz, disruptora escénica y pedagoga colombiana. Parte del movimiento del Nuevo Teatro colombiano. Cofundadora, con Pilar Restrepo Mejía, del Laboratorio de Creación Teatral y Pensamiento Feminista del Teatro La Máscara, en Cali.

¹ Sobre *El Mensajero*, ver ficha en la Hemeroteca Nacional Digital de México (HNDM), <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/verDescripcionDescarga/558ff9367d1e3252308614aa>

² *El Monitor Republicano*, 24 de abril de 1870, sección Gacetilla, p. 3.

³ *El Mensajero*, 25 de marzo de 1871, sección Variedades, p. 3 (núm. 72, vol. 1). Agradezco a Oderay García, del Grupo de Investigación Escritos de Mujeres, por la información hallada sobre la autora en la Hemeroteca Nacional de México.

Amor y Traición, subtitulada *Tragedia escrita en verso y dividida en tres actos y un prólogo*, se publicó en 1870,⁴ si bien, Natalia situó a sus personajes en 1858 en la próspera región de Tacubaya, en el momento de la inauguración de la primera línea ferroviaria que unió esa zona con la capital y un año después de haberse jurado una nueva constitución mexicana, de tendencia liberal. Es una tragedia de amor romántico atravesada por la traición y la muerte, donde Natalia muestra la tensa realidad del país a mediados del XIX, en un mundo marcado por la inestabilidad social, política y económica después de sucesivas guerras.⁵

La autora centra la mirada en la protagonista femenina, si bien, de su mano nos asomamos a la sociedad en la que ambas han nacido: patriarcal, androcéntrica, jerárquica y racializada. Por una parte, observamos una clase poderosa de ricos, nacionales y extranjeros, sean españoles, ingleses o franceses, orgullosos de heredar títulos nobiliarios; por otra, una clase media trabajadora, del campo y de la ciudad, gente mezclada, “manchada” o criolla; y, por último, una clase baja, tanto indígena como afrodescendiente.

Rocha dibuja las arraigadas creencias religiosas de sus personajes, donde la iglesia católica es el pilar espiritual y moral de la sociedad mexicana, particularmente de las mujeres, quienes recibían una rígida formación en conventos, escuelas o sus propias casas, en un momento previo a que se declarara la laicidad del Estado. En aquel mundo de hombres, seguramente Natalia recibió un modelo de educación monolítico y sexista que la preparaba para el altar. Ella como otras, debían profesar amor incondicional a la institución matrimonial, cultivar la virtud, la responsabilidad, la sumisión, la fidelidad y la subordinación exclusiva al padre, al hermano o al marido.

⁴ El ejemplar usado para esta edición se encuentra en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Otra versión digitalizada se encuentra en el repositorio HathiTrust: <http://catalog.hathitrust.org/Record/009964752>.

⁵ La primera mitad del siglo XIX mexicano está marcado por guerras: las de Independencia, el corto período del Imperio mexicano, las guerras francesas y con Estados Unidos, la etapa liberal que promulga la constitución liberal y la consecuente Guerra de Reforma que decreta la separación Iglesia-Estado, dando como resultado la secularización social. Para finales de los 1800, en la etapa del porfiriato, se produce una relativa estabilidad que trajo consigo la modernización del país y una mayor participación de las mujeres en la educación, las artes, la literatura y el periodismo, entre otros espacios.

Las ideas tradicionales católicas, inoculadas en la sociedad novohispana, se arraigaron durante todo del siglo XIX, paradójicamente sustentadas en una educación pública, gratuita y en el proceso de laicización. Un creciente número de imprentas y editoriales publicaron o reeditaron libros, periódicos, revistas y folletines que transmitían preceptos morales para el afianzamiento de la fe cristiana, especialmente de las mujeres, puesto que ellas eran las futuras madres que habrían de enseñar a sus hijas e hijos. Seguramente, Natalia conoció alguno de estos impresos en boga en gran parte de los países independizados de la metrópoli española.⁶

En la naciente república mexicana, que la política sexual forjada durante la colonia y sustentada en el pacto entre hombres siguiera intacta proporcionó insumos para la creación de Rocha. En *Amor y Traición*, la autora destaca el tema del matrimonio y deja ver, a quien lee, que éste refleja las diferencias producidas por la jerarquía social y cómo prima el pacto masculino en detrimento del deseo femenino.

¿Por qué Natalia Rocha de Lizardi escogió como protagonista a una mujer de clase alta? ¿Por qué enmarca sus personajes en la realidad de su tiempo? ¿Qué nos quiere develar? Continuemos analizando su pieza teatral para, tal vez, lograr sacar a la autora de aquella sombra impuesta. Pero antes, acerquémonos a otras ventanas de su tiempo.

La escena mexicana del XIX

En la sociedad, el teatro cumple una función pedagógica y política: re- fuerza o critica los modelos tradicionales y nos ayuda a comprender la

⁶ Entre los más conocidos: *Catecismo y exposición breve de la doctrina cristiana* (1824) de Gerónimo de Ripalda; *Catecismo de la doctrina cristiana* (1855) de Gaspar Astete; *Ensayos poéticos dedicados a la tierna juventud mexicana para su instrucción en la moral y ejercicio en la lectura del verso* (1849) de José María Rodríguez. En este último, la instrucción en verso abarca desde el amor y las obligaciones para con Dios, el prójimo, la patria, los padres y la amistad, hasta una oda a la religión. Importante también, *El Presente amistoso. Dedicado a las señoritas mexicanas por I[gnacio]. Cumplido*, considerada la mejor revista femenina de la primera mitad del siglo XIX y publicada sólo en tres ocasiones (1847, 1851, 1852) que pueden consultarse en la Colección Digital de la UANL: <https://cd.dgb.uanl.mx/discover?scope=201504211%2F1&query=Presente+amistoso+dedicado&submit=>

compleja realidad valiéndose de metáforas, analogías, alegorías, metonimias. La rica influencia del teatro español marcó la época virreinal; el canon de la tragedia, la comedia y el drama, en verso o prosa, fue sedimentándose, al tiempo que se construían teatros en las ciudades. En el XIX se fue configurando un abigarrado mundo cultural, en el que confluían estéticas europeas con una particular manera de nombrar “lo mexicano”, que, usando el canon occidental, criticaba y se burlaba de la burguesía y los gobernantes.

Así, las tradiciones religiosas y populares tuvieron su punto de encuentro social en calles, paseos, alamedas, pulquerías, vinaterías, cantinas, mercadillos y tianguis, o en teatros con categoría propia, como el teatro “culto” de óperas y operetas que llegaban con las propias compañías europeas para el disfrute de las clases medias y altas. También eran montados dramas y comedias de autores románticos, ya fueran franceses, alemanes, españoles o ingleses, para “todos los públicos”, así como un teatro popular con su género lírico: la zarzuela española y los sainetes.

Entre la clase trabajadora de finales de siglo XIX se popularizó un teatro obrero, político y moralizante, un teatro frívolo, banal, de can-can y sicalipsis que, junto con las peleas de gallos y los toros, deleitaban a trabajadores y comerciantes. El estilo de los dramaturgos y poetas oscilaba entre el naturalismo, el costumbrismo y la sátira política, de donde surgían juguetes cómicos y líricos, romances, corridos y entremeses. Finalizado el XIX y entrado el XX, en una búsqueda por contar la propia vida nacional y sus personajes, las formas de representación de raigambre europea paulatinamente se acrisolaron con expresiones populares de tradición indígena y afromexicana.

En el universo teatral del México decimonónico, la escritura fue ocupada por los hombres.⁷ En ensayos y artículos se citan nombres y datos biográficos de cada autor: periodistas, médicos, abogados, políticos, quienes combinan su vida profesional con la dramaturgia, la difusión de espectáculos, la administración de los grandes teatros y la difusión cultural. En cambio, la figura de la mujer como dramaturga todavía no asoma en las fuentes bibliográficas, aunque el tema comienza a explorarse

⁷ Por ejemplo, *El Teatro. Enciclopedia dramática (1869-70)* de la Imprenta de Juan Nepomuceno del Valle, contiene 22 obras, todas de dramaturgos mexicanos.

mejor en nuestro presente, gracias a las nuevas formas de mirar la historia, que incluyen la búsqueda de mujeres en todos los espacios de la sociedad.

Varias artistas destacan durante el siglo XIX en México por su versatilidad, pues no solo aparecen en la escena, sino también en la difusión y producción de obras. Ese fue el caso de Ángela Peralta, pianista y compositora de ascendencia indígena, que llegó a ser la cantante de ópera más destacada de su época, apodada "el ruiseñor mexicano" y, en Italia, "angelica di voce e di nome". Así lo muestra Rocha al dedicarle unos versos en *El Mensajero*. Y dedica otros a María de Jesús Servín en *El Monitor Republicano*, reconociendo la dramaturgia de una actriz y la genealogía de la que hace parte:

A LA SIMPATICA ARTISTA
SEÑORITA MARIA DE JESUS SERVIN

El aéreo pensamiento por el espacio flota
Girando veleidoso del mundo en el confin,
En el espacio diáfano do la inspiracion brota
Cual los blancos pebetes de Mayo en el jardin:
Y son inspiraciones como los rayos puros
Del sol de nuestra patria de claro resplandor,
Y penetra atrevido por celajes oscuros
El pensamiento leve sin miedo y sin pavor;
Cual satélite signe el misterioso giro;
Mi pensamiento al tuyo le busca sin cesar,
Y al ver que no lo alcanzo me estremezco y suspiro
Comparando el arroyo con la anchurosa mar,
El talento es la fértil florida primavera,
Es la hóstia enaltecida de paz y de salud;
En la escena amorosa Melpómene te espera
Y el arte se presenta unido á la virtud.
El arte tiene espinas y crueles sinsabores;
Que lauros solo ciñan tu frente angelical,
Que recojas del arte las perfumadas flores
Que forman la corona de tu alma virginal.
No canto la belleza que inspira en este suelo

Cantares á millares y trovas por do quier;
A tí, sentida artista, remedo de ese cielo,
Que nos concede un génio en forma de muger,
Que no manche tus alas virginales un hombre,
Que no sientas jamás un terrenal amor,
Que en letras de diamantes vea México tu nombre,
Y lo elevés del suelo de escoria y de dolor.

México, Marzo 23 de 1870.—Natalia Rocha y Lizardi [sic].⁸

Cierro estas notas sobre la escena mexicana de mediados del siglo XIX resaltando un par de figuras: las hermanas Ana y Rita Cejudo, hijas del actor español José Cejudo, radicado en México, quienes después de la muerte de su padre, en 1853, continuaron desempeñándose como actrices.⁹ Y, también, la actriz y bailarina Soledad Cordero, nacida en 1835, quien, según sus contemporáneos, logró destacar en el medio teatral, considerado como peligroso y plagado de tentaciones para una mujer joven. Triunfó en obras cuyos registros iban desde las comedias de costumbres hasta las tragedias románticas, entre estas *Un novio para la niña*; *Un ramillete, una carta*; *Varias equivocaciones*; *Ciega*; *Muérete y verás*.¹⁰ Soledad, a su vez, aprendió de Agustina Montenegro, otra gran actriz de principios de aquel siglo.

En esta breve genealogía, las mujeres artistas son autoras y dramaturgas en el amplio sentido de la escritura escénica. Cabe resaltar que la dramaturgia no solo se refiere a la escritura de un texto para escena, que en rigor, es literatura teatral. En la vida de la escena no es fácil delimitar la frontera entre el texto escrito y la representación teatral, pero cada actriz, o cada actor sí que lo hacen, pues también realizan una dramaturgia en la creación de sus personajes. Una obra escrita logra su existencia cuando es puesta en escena, es decir, cuando actores, actrices, cantantes, danzantes tejen el texto escrito con los demás lenguajes

⁸ “A la simpática artista...”, *op. cit.*

⁹ Vásquez Meléndez, M. A., “Vivencias de mujeres del espectáculo en el siglo XIX”, *Relatos e historias en México*, <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/vivencias-de-mujeres-del-espectaculo-en-el-siglo-xix>.

¹⁰ Adame, A. G., “La primera actriz de México”, *El Universal*, 9 de enero 2018, <https://www.eluniversal.com.mx/columna/angel-gilberto-adame/cultura/la-prime-ra-actriz-de-mexico/>

escénicos (luces, música, utilería, vestuario, escenografía, etc.) y la pieza se representa ante el público. Así, cada espectadora y espectador goza el arte en general y lo escénico en particular, mientras leen las imágenes verbales y no verbales entretejidas como si contemplaran un inmenso tapiz.

Amor y traición: Isabel y el amor romántico

*Los vínculos del corazón
son más caros que los de la sangre;
las afecciones del alma son más sinceras
que las impuestas por las leyes sociales.¹¹*

Natalia Rocha de Lizardi

Todo indica que esta tragedia constituye la única obra teatral que se conserva de la autora, y no sabemos si fue representada para el público de la época. Estructuralmente, como lo indica el subtítulo, es una tragedia escrita en verso, dividida en tres actos y un prólogo. Tiene 17 escenas, que se desarrollan entre 1858 y 1860 en distintos escenarios: una “elegante casa de recreo” de Tacubaya, en “una de las principales casas” de México, en la Alameda Central como único espacio exterior, y, acaece, en la hacienda del marqués, padre de la protagonista.

Se centra en una familia noble de Tacubaya, villa donde reside la “gente de bien”, la aristocracia conservadora y católica de ascendencia española, según lo relata una crónica sobre el ferrocarril, construido en esos años para conectar esa zona con la capital:

Esta localidad poco a poco se transformaría en el centro de la “gente bien”, al grado que en las postrimerías del Porfirismo, Tacubaya albergaría a la mayor parte de encumbrados y aristócratas. Ahí tendrían sus residencias los Hagenbeck, los Mier, los Barrón, los Lerdo de Tejada, etc.¹²

¹¹ Dedicatoria al Sr. D. Rafael Ávila en *Amor y traición*, p. 5.

¹² Torre Villar, E. de la, “El ferrocarril de Tacubaya”, *Historia mexicana* 35, pp. 10-11. <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/794/0>

Los años durante los que sucede la pieza son los de la Guerra de Reforma o de los Tres años, confrontación civil ocurrida de 1858 a 1861 entre los principales partidos mexicanos: liberales y conservadores.¹³ Rocha toma como recurso esta guerra para enmarcar la trágica historia de amor entre Isabel, la joven hija de un marqués, y Saúl, un caballero, yóquey o jinete profesional, que deviene guerrillero y combate contra el propio marqués y el conde a quien éste le ha prometido a su hija.

La tragedia se expone claramente en el prólogo: Isabel manifiesta a su padre, el marqués Don Enrique de Sandoval, el amor que siente por Saúl, quien tiene un “corazón cual oro” y “se complace en hacer bien”. Su padre la desaconseja de ese amor con el propósito de que acepte al conde Rodolfo. Ella responde que ese hombre la acosa hasta empalagarla y que no le importa que tenga oro, sino lo que “su pecho siente”. Pero su padre se impone de forma autoritaria. Aparece su amiga Laura y le brinda apoyo. Luego aparece su amado Saúl para indicarle que el conde y su padre han desistido de su propósito, que por fin podrán ser felices, pero antes, tendrá que viajar para resolver la herencia de un tío que está a punto de morir.

En los siguientes actos se desencadenan las traiciones a Isabel: el marqués y el conde pactan acabar con el amor entre ella y su enamorado; el padre le hace creer que aceptará su unión con Saúl, a quien misteriosamente le hacen un atentado del que alguien lo salva. El marqués y el conde le hacen creer a Isabel que su amado ha muerto; finalmente, cuando se desata la guerra, el marqués y el conde prefieren huir y dejar a Isabel moribunda, mientras que Saúl prefiere vengarse y continuar luchando, dejando a su amada agonizante en manos de un cura. Cuando él retorna herido, Isabel ha muerto. Muere entonces a su lado, como Romeo y Julieta, o como Hemón y Antígona.

Desde el principio, la protagonista es Isabel: siente amor ciego por un hombre que no es de su clase; sufre la implacable razón del marqués para que obedezca sus designios; padece el acoso por parte del conde y la complicidad de éste con el marqués para eliminar a su amado.

¹³ *Idem.* La Guerra de Reforma fue antecedida por el Plan de Tacubaya, formulado el 17 de diciembre de 1957 por el bando conservador, que impugnaba varios artículos de corte liberal, incluidos en la reciente Constitución promulgada el 5 de enero de ese año, por considerarlos lesivos a la iglesia católica.

Sin embargo, Isabel duda, intuye que algo no está bien, quizás por eso se resiste a casarse con el conde durante dos largos años. No sabemos nada de la madre de Isabel, deducimos que es huérfana.

La tensión está entre el deseo de autonomía de la hija y la autoridad del padre, donde lo único que no está en duda es el matrimonio: ya sea por elección de ella o por la imposición de él.

El teatro dentro del teatro, recurso para reconocer la traición

Un día que Isabel pasea por la Alameda, acompañada por Laura y el conde, se le acerca un mendigo que trova con su laúd una historia de traición semejante a la de su amado. Espoleada por su amiga, ella empieza a dudar sobre la muerte de éste. En el texto, el trovador es representado por Saúl.

En el tercer acto se desencadena la fatalidad. Isabel, cansada de la presión de su padre y del conde, accede a casarse. La ceremonia, en la hacienda del marqués, es interrumpida porque llegan “los bandidos”. Afuera, las voces gritan “muera el Conde de Miranda”. Aparece Saúl, devela su identidad y muestra el relicario a Isabel: ahora es un guerrillero “que se hace llamar Gilberto”, ha renegado de Dios y de sus creencias, y combate con los indios que lo han elegido jefe contra el ejército del conde, también llamado hidalgo o castellano.

El conde intenta apuñalar por la espalda a Saúl. Isabel se interpone y cae moribunda. El marqués huye, el conde también, Saúl o Gilberto le encomienda el cuerpo de la agonizante al cura y sale a vengarla. Sus guerreros, “miserables indios sublevados” que “atrevidos pisaban” los llanos del conde, han recibido la orden de “Llevar doquiera / Ruina, desolación, sangre y estrago, / Enseñad a los nobles extranjeros / A respetar al pueblo mexicano”.

El último recurso: develar el vínculo materno de la protagonista

En la penúltima escena, cuando Isabel se siente sola, ya sin Laura, Saúl ni su padre, el fraile le pide que se confiese ¡y con qué palabras!: “Y vierte

en mi seno amigo / Las culpas de tu conciencia". La fuerza de ese amor, así sea marcadamente romántico e incondicional, ¿dónde radica? ¿reside acaso en la marca patriarcal impuesta? Creo que no. La autora nos muestra la relación de sororidad entre Isabel y Laura, y también el vínculo con su madre, que se rompe cuando ella muere "tras una larga dolencia", quedando Isabel huérfana al cumplir sus trece "venturosas primaveras".

A mi entender, la resistencia de la protagonista, su espera en medio de la incertidumbre de la guerra, en un espacio donde ella es un trofeo, nace de la entraña, del eco de la lengua materna. Porque distingue perfectamente que la clase a la que pertenece es contraria a la justicia social, a la independencia y a la nueva carta magna que su amado defiende. ¿Es ingenua? quizá. ¿Cómo distinguir claridad en un cielo tan oscuro?

Isabel le resume su vida al fraile: tuvo una madre "tan piadosa como tierna" que la educó en la creencia cristiana y que "adoraba con idolatría ciega". Tras perderla, creció mimada al lado de su padre. Después de esta "confesión", llega Saúl malherido, la ha vengado y también a su amigo, el amado de Laura: mató al traidor. Isabel, a punto de expirar, le reprocha tal venganza, pues le pidió que lo perdonara. Pero Saúl responde que si ese "tigre"¹⁴ naciera mil veces, igual lo mataría. El fraile realiza el pedido final de Saúl, los casa y bendice. Muere Isabel, le sigue Saúl. El fraile ofrece sus almas al Señor.

¹⁴ El personaje del Conde Rodolfo de Miranda, tan conservador como el Marques D. Enrique de Sandoval, padre de Isabel, podría representar al sanguinario general Leonardo Márquez, quien se autoproclamó "El Tigre de Tacubaya" tras cumplir las órdenes del presidente conservador Miguel Miramón (ambos vecinos del pueblo) de asesinar a la oficialía. En un exceso de fuerza, Márquez mandó fusilar a oficiales y civiles, entre los que había médicos, enfermeros y vecinos, como el poeta veracruzano Juan Díaz Covarrubias y un extranjero de oficio herrero llevado por los republicanos para reparar cañones. A las víctimas de la masacre, que marcó un antes y un después, se les nombró "Mártires de Tacubaya". <https://www.gob.mx/siap/articulos/promulgacion-del-plan-de-tacubaya>

El pacto patriarcal: crueldad sofisticada

*Me obliga el destino impío a que le dé
tu albedrío, aunque te mate después.*¹⁵

Natalia Rocha Lizardi

Allí está la protagonista, “la bella Isis”, en medio de ellos (el marqués, el conde, el guerrillero) y de sus guerras. Es objeto de deseo, no sujeta de su propia historia. La autora evidencia paso a paso, verso tras verso, la crueldad ilimitada que conlleva el pacto entre hombres, una política sexual que naturaliza la idea de que la mujer tiene precio y dueño. Y ¡qué dueños! guerreros, fundadores de odios y venganzas, traidores de toda laya, para quienes su “amor” es apenas promesa de posesión de una mujer. Los nobles son un rezago español en una accidentada república y el guerrillero una suerte de libertador a la Robin Hood. Son, de uno y otro lado, guerreros, fratricidas y feminicidas.

El pacto consiste en la autorización del padre para que un hombre viole a su hija, mediante un casamiento, valiéndose de viles estratagemas para dominar, silenciar y obligar a aceptar esa ley. En un momento, en la Escena II del Segundo Acto, el conde Rodolfo de Miranda, ante la renuencia de Isabel a casarse, “Porque os conozco muy bien, / Y desde ahora os protesto / Que solo hallareis desden”, la amenaza cruelmente: “Te doy para conformarte / Un día, y nada más; / No me obligues á obligarte, / Pues de todo soy capaz”, y “Alzaré un lecho opulento / Digno Isabel de los dos; / Frenético allí en mi ira / Te trataré yo á mi vez, / Cual mujer á quien se tira / Una moneda después”.¹⁶ La acotación que cierra la escena aclara el lugar seguro de la mujer: Isabel se desmaya y Laura se apresura para recibirla en brazos.

Rocha, hija de un tiempo convulso, historiza lúcidamente la sofisticada crueldad del sistema patriarcal contra las mujeres: el ideal amoroso, el matrimonio, la fe religiosa, la aceptación y el silencio. A ello contrapone la figura de una mujer noble, frágil en apariencia, que resiste y se sacrifica antes de aceptar la venta de su cuerpo y su alma a un hombre que no ama.

¹⁵ *Amor y Traición*, Escena I del Prólogo, p. 12.

¹⁶ *Amor y Traición*, Escena II del Segundo Acto, pp. 29-30.

Curiosamente, la portada enmarca en una delicada cenefa el título, donde la palabra AMOR, en mayúscula y sin negrilla, así “desnuda”, tiene un tamaño y peso menor que la palabra TRAICION, como si esto nos advirtiera su oscuro significado... pero AMOR está primero.

Hasta aquí mi libre lectura de un texto cargado de profundas verdades escrito por la mexicana Natalia, “aquella que cuida de la vida”, y que nos mira desde el siglo XIX.

REPRODUCCIÓN



AMOR
Y
TRAICION.

TRAGEDIA

Escrita en verso y dividida en
tres actos y un prólogo

POR

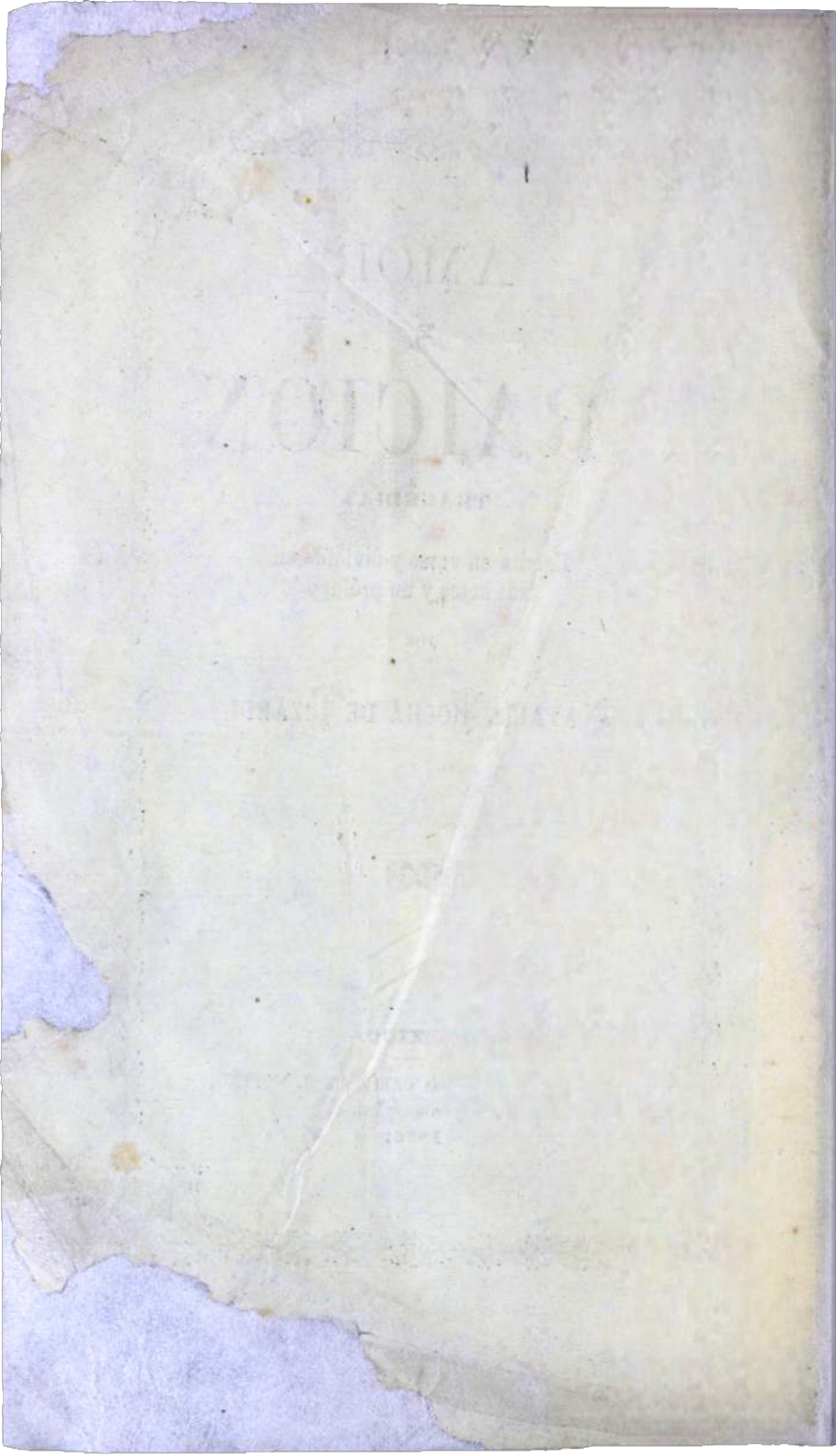
NATALIA ROCHA DE LIZARDI.



MEXICO.

TIP. DE N. CHAVEZ, A CARGO DE J. MORENO,
Cordobanes núm. 8.

1870.



S-714980

AMOR Y TRAICION.

TRAGEDIA

ESCRITA EN VERSO Y DIVIDIDA EN TRES ACTOS Y UN PROLOGO

POR

Natalia Rocha

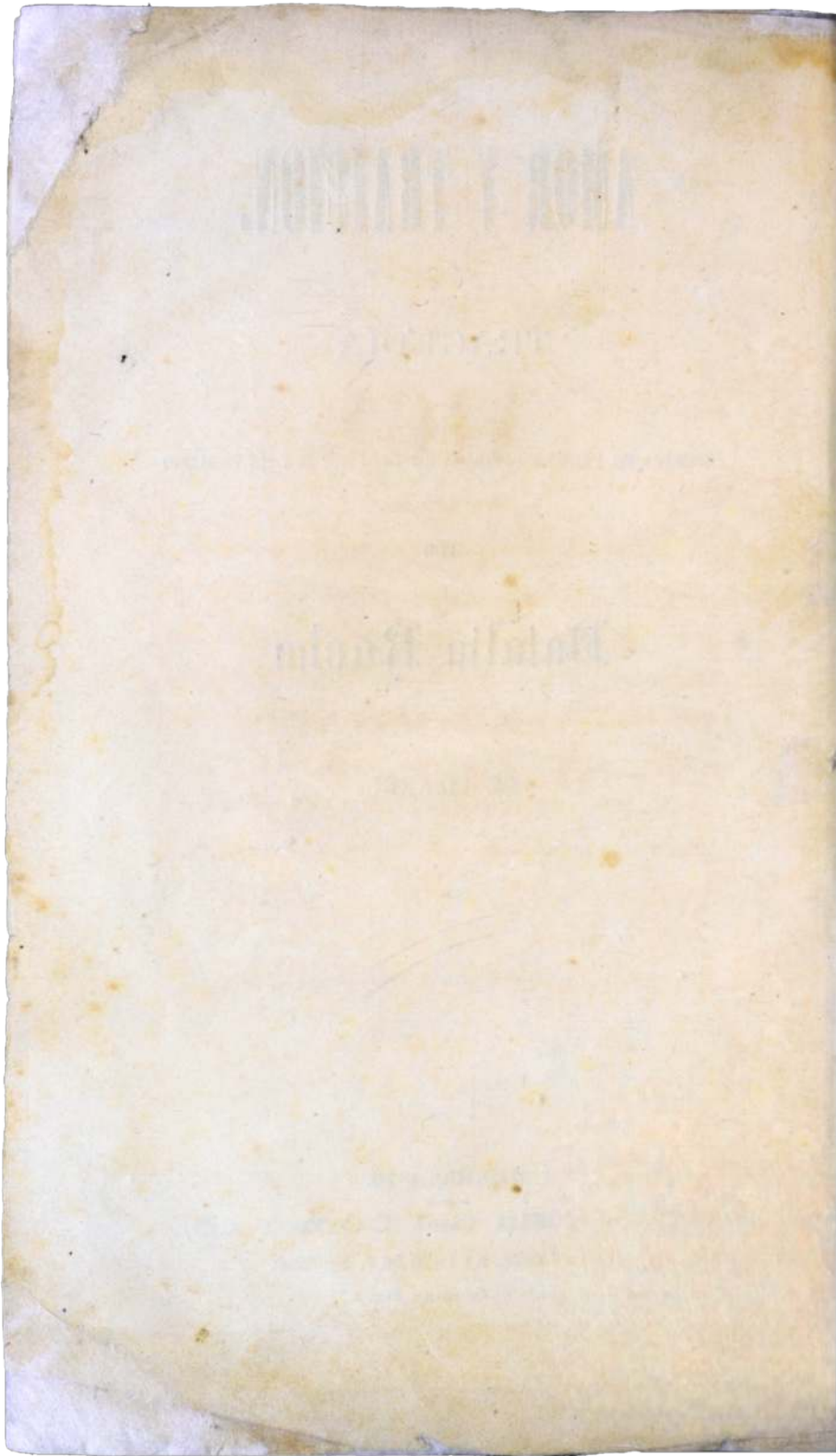
DE LIZARDI.

MEXICO: 1870.

Tipografia del Comercio,

DE N. CHAVEZ, A CARGO DE J. MORENO.

Calle de Cordobanes Núm. 8.

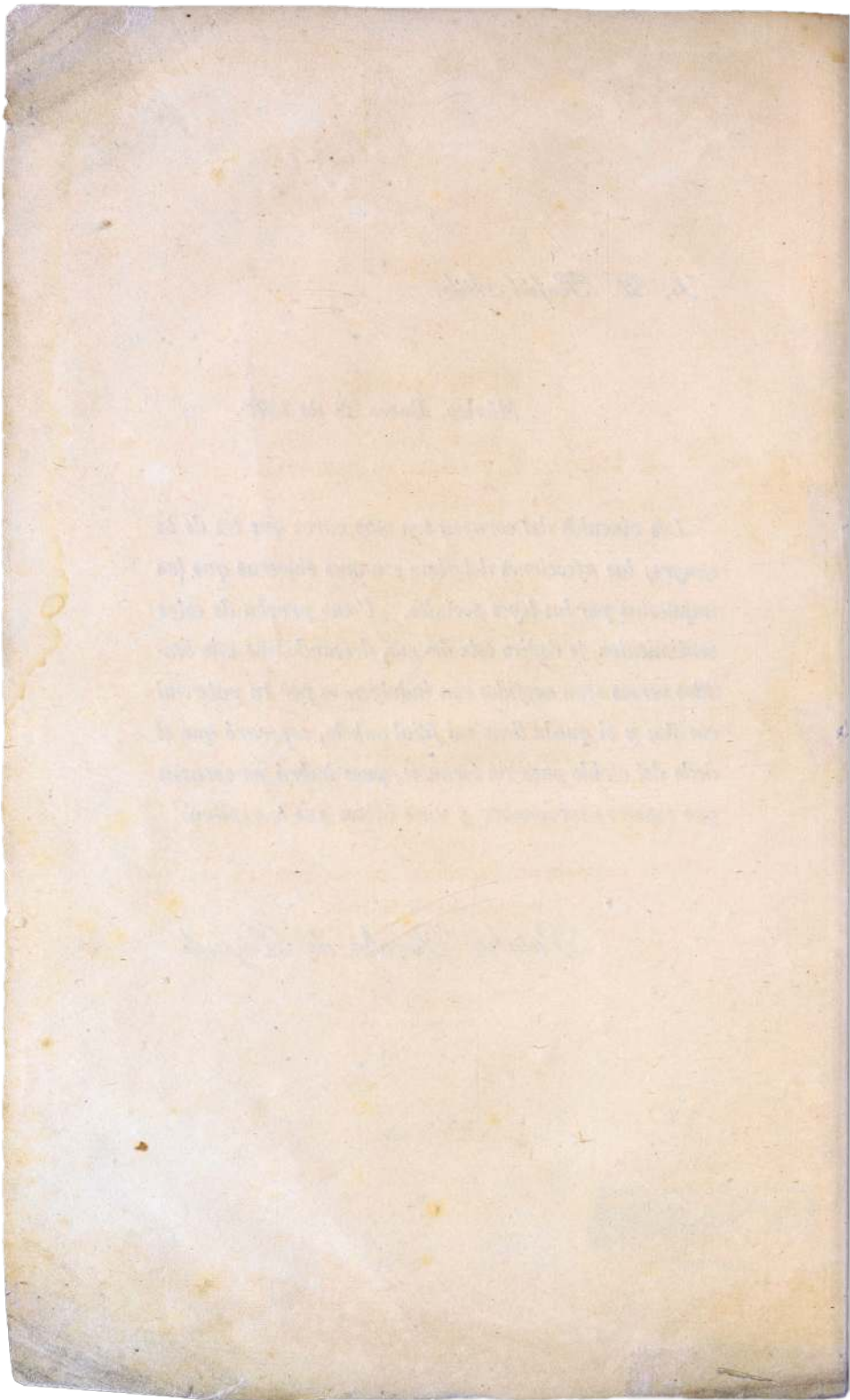


Sr. D. Rafael Avila.

México, Enero 28 de 1870.

Los vínculos del corazon son mas caros que los de la sangre; las afecciones del alma son mas sinceras que las impuestas por las leyes sociales. Como prueba de estos sentimientos, te dedico este drama, deseando que mis sentidos versos sean acogidos con indulgencia por tu paternal cariño; y si queda lleno mi filial anhelo, esperaré que el dedo del olvido pase sin tocarme, pues habrá un corazon que conserve mi nombre, y unos lábios que lo repitan.

Natalia Rocha de Lizardi.



PERSONAGES.

EL MARQUES D. ENRIQUE DE SANDOVAL.

ISABEL, (HIJA DEL MARQUES).

SAUL.

EL CONDE RODOLFO DE MIRANDA.

LÁURA DE MENDOZA, (AMIGA DE ISABEL)

FRAY GUSTAVO.

PUEBLO, SOLDADOS Y CRIADOS.

La escena pasa en Tacubaya, en una elegante casa de
recreo, el año de 1858.

LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA
BY THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

PROLOGO.

El teatro representa un salon ricamente amueblado. Dos puertas laterales y otra en el fondo, un balcón que se supone al Jardín.

ESCENA I.

Isabel, sentada cerca del balcon, y trabajando en una obra de tapicería, y D. Enrique de Sandoval, recostado en un confidente.

Enrique. En esta mansion dichosa,
Imágen del mismo cielo,
La vida pasa cual pasa
Placer ardoroso, intenso,
Que brilla como el relámpago
Y desaparece al momento.

Isabel. Pero en cambio las pasiones
Del corazon, roto el velo,
Ardientes llamas voraces
Se truecan en un incendio,
Y abrasa cuanto se opone
A su volcánico anhelo.

Enrique. Aquí todos son poetas, (con ironía.)
Y el raudal del sentimiento
Cuando se desborda, deja
El corazon y alma llenos.

Las mujeres solo saben
 Amar con delirio ciego,
 Que solo para el amor
 Predestinadas nacieron.

Isabel. Bien sabeis ¡oh padre mio!
 Que el hombre que loca adoro
 Tiene un corazon, cual oro,
 Se complace en hacer bien.

Y jamas el desvalido
 Que triste llamó á su puerta,
 Dejó de encontrarla abierta
 Ni sin alivio se fué.

¿Cómo quereis que no le ame?
 Pobre violeta escondida,
 Triste tórtola perdida,
 Entre estos bosques de azahar.

Sí, él ha sido la flor bella
 De suavísima fragancia,
 Que aunque medie la distancia
 Me revela donde está.

Enrique. Antes risueña y festiva
 Con la paz de la inocencia,
 Tu venturosa existencia
 Veia plácida correr.

Hasta que el amor de ese hombre
 Turbó tu reposo ameno,
 Y arrojó en tu incauto seno
 La primer gota de hiel.

Isabel. Por él sentí las primeras
 Emosiones de éste anhelo,
 Que junto al placer del cielo
 De un infierno el dolor dá.

Por él las noches en vela
 Y los días sin sociego
 Paso con delirio ciego,
 Presa de mi amante afan.

Por él, silenciosa á veces,
 En las tardes de verano,
 Lo llamo desde aquí en vano
 Y lo busco por doquier.

Cual busca la clara fuente
 La sierva que herida vuela
 Y desangrándose anhela
 Saciar su terrible sed.

Enrique. Tú le amas; pero el destino
 Hoy se opone á tu amor fino,
 Y un obstácu'lo previene
 Que tremendo te detiene
 De la dicha en el dintel.

Isabel. Puesto que es vano mi anhelo
 Y que el hado cruel no cede,
 Ni aun cubierta con un velo
 La esperanza retrocede
 En el pecho de Isabel.

Mas constante en mi porfía,
 Mas tenáz de dia en dia,
 Ni una mira la siquiera
 Conseguirá placentera
 El conde, jamas de mí.

Enrique. Yo te lo pido, hija mia,
 Oculta adentro ese fuego,
 Por mi amor yo te lo ruego,
 Que no le trates así!

Altanero y orgulloso
 Tiene un carácter de bronce,
 Si le irritas, impetuoso
 De todo es capaz, y entonces
 ¡Ah! desdichada de tí.

Isabel. Padre mio, aunque quisiera,
 Mi corazon no pudiera
 Romper el muro de nieve
 Que le oprime, desde alevé

El conde me habla de amor.

Yo como amigo le aprecio,
Mas como amante me ofende,
¿Quiere apurar mas desprecio?
¿Todavía no comprende
Que me empalaga su ardor?

Si lo ha entendido ¡á qué entonces
A mis piés arrodillado,
En infecundos clamores
Con su pasión y dolores
Me atormenta sin cesar?

¿No vé que su loco empeño
Mas mis desdenes provoca,
Y que otro hombre ya es el dueño
De este corazón que invoca
Y que no le puede amar?

Enrique. Sella el lábio, tu alma pura
No comprende la amargura
Con que el desprecio acrecienta
La pasión, que al fin revienta
Desgarrando el corazón.

Tú no sabes, inocente
Isabel. (Interrumpiendo) Todo lo sé, padre mio,
Que también mi pecho siente
En hondo tormento impío
Que triunfa de la razón.

Chispa, que al brotar escasa,
El alma después abrasa
En un incendio; escondida
Sierpe que del pecho asida
Cual la yedra á la pared,
Vá aspirando gota á gota
La savia de la existencia
Hasta que el raudal agota
Y creciendo en su vehemencia
Nos mata de amor la sed.

Esa es llama encantadora,
 El amor con que se adora
 Por vez primera sentido,
 Y acaso correspondido
 Con delirio y embriaguez;
 Pero no el amor de fuego
 De un corazon despreciado
 Que pide en estéril ruego
 Sangriento y despedazado
 Un imposible tal vez.

Enrique. Rodolfo te adora tanto
 Que por no herirte, amoroso
 En risa cambia su llanto,
 Y siendo tan poderoso
 Ni aun lo quiere recordar.

Isabel. Que me importa su grandeza,
 Su poder y su riqueza,
 Si mi amor nada ambiciona,
 Por un rey y una corona
 No cambiara á mi Saul.

Enrique. Eres muy jóven, por eso
 Te abandonas con exceso
 A tus prontas emociones
 Sin escuchar las razones
 Que mi cariño te dá.
 Yo no exijo que te prestes
 A la pasion que te jura,
 Pero sí, no le detestes,
 Por que ya es mucha locura
 O mucha tenacidad.

Vendrá el conde, y te lo ruego,
 Si tu afecto á mí es sincero,
 Que complaciente y afable
 Sepas hacer disculpable
 Tu indisculpable aversion.

Isabel. Tambien vendrá mi adorado,

Y ¡cómo estará contento
Si vé que ya lo he olvidado
E interés por otro siento
Y preferente atencion?

¿No le veis como me mira?
¿Cómo sin querer suspira
Des que Rodolfo, afanado,
Viene importuno á mi lado
Sus quejas á repetir?

¿No le veis con que presteza
Sobre el caballo se arroja,
Con cuanta delicadeza
Quiere el pesar que le enoja
Y sus celos encubrir?

Enrique. No, mi Isabel, tu delirio
Te representa un martirio
En una accion inocente,
Porque Saul es indulgente,
No le dará gran valor.

Isabel. Pero en silencio su pena
Dentro el pecho devorando,
Creerá que á su duelo agena

Enrique. (*Interrumpiendo.*)
Vé obedeciendo y callando.

Isabel. Pero quereis sin piedad
Destrozar mi fé mas pura.

Enrique. (*aparte*) Aun cuando sea falsedad
Temo á ese hombre criminal
Y la obligo á ser perjura.

Isabel. Por compasion, padre mio
A ese hombre no me entregueis.

Enrique. Me obliga el destino impío
A que le dé tu albedrío,
aunque te mate despues.

(*Vase*)

ESCENA II.

Isabel sola.

Segura de su afecto, feliz con su ternura,
 Mas gloria no anhela mi ardiente corazón,
 Que verlo entre mis brazos, al rayo de la luna
 Sobre mi amante pecho, dormido en su ilusión;
 Gozar de sus caricias el halagüeño encanto,
 Oír de sus palabras el eco angelical,
 Escenta de pesares, de amor anonadada,
 Pasarán mis días en calma celestial.

ESCENA III.

La misma y Laura.

Laura. Isabel, Isabel, tu sentencia
 Que he escuchado, me llena de horror,
 ¿Qué será de tu triste existencia
 Si te niegan á Saul, á tu amor?

Isabel. Ven mi Laura, mi llanto de fuego
 De tu pecho refresque la brisa;
 Mi dolor, mi sufrir narcotiza,
 Porque siento de pena morir.

El ambiente que vierten las auras,
 Los colores que lucen mis flores,
 Mis jilgueros que cantan amores,
 Hacen sufra tormentos sin fin.

No me halaga la luz de la luna,
 Ni el reflejo del sol con sus llamas,
 Ni los peces sus blancas escamas
 Las contemplo brillantes lucir.

Laura. Si, Isabel, aparece ese cielo
 Sin la dicha, con denso nublado,

Empañado su limpio azulado
Sin estrellas de claro zafir.

¿Qué te importa el ambiente del aura
Y el divino color de las flores,
Ni los dulces y puros amores
De las aves que cantan también?

¿Qué te importa que pises el suelo
Tapisado de alfombra divina,
Que te importa la luz matutina
Si te envuelve el mas negro crespon?

Isabel. Ni las aves, ni peces, ni luna
Adormecen mis crueles dolores,
Ni las auras cargadas de olores
Dan olvido un instante á mi amor.

Ni el ambiente, ni el sol, ni la brisa,
Ni el reflejo de puras estrellas,
De mi Saul tan solo las huellas
Quiero amante sin tregua seguir.

Yo no quiero que el hado zañudo
De mi Saul me aparte inclemente,
Con mi amor él se siente potente
A arrostrar aun la muerte por mí.

Laura. Ya se acerca, Isabel, no conoces
(levantándose al oír tropel de caballos)
De sus pasos el eco sonoro.

Isabel. Sí, ya llega mi solo tesoro,
Al que juro mi vida entregar.

(*Laura se vá por una de las puertas laterales y Saul entra por la del fondo.*)

ESCENA IV.

Isabel y Saul.

Saul. Mi bien, mi vida, parece que el cielo
Escuchó piadoso tu férvido anhelo
Y el mio á la par

Isabel. Si acaso enemiga la suerte engañosa
De mí te separa, de nadie la esposa
De nadie seré.

Pero si propicia nos es placentera,
Mi bien, no lo dudes, en la primavera
Tu amor premiaré.

Saul. Propicia, mi Isabel, nos brinda cariñosa
De un porvenir soñado la realidad feliz;
El sol de mi esperanza por el oriente asoma
Velado entre celajes de espléndido matiz.

Es cierta ya mi dicha, Rodolfo ha comprendido
Que no puede ser nunca el dueño de Isabel,
Y noble y generoso, mostrándose benigno

Isabel. Saul, tal vez oculta un pensamiento cruel.

Saul. No, mi bien, con chanzas inocentes
Celebro de antemano mi hermoso porvenir,
Me habla sin enojo, su apoyo me ofrece,
Y quiere como amigo, mi dicha compartir.

Me pinta arrebatado los sueños de ventura,
Que al realizarse ardientes, mas puros brillarán;
Me pinta los placeres de la nupcial coyunda
Que la anhelada prole mi dicha aumentará.

Tu padre, que temia su cólera y despecho,
Apénas le he contado que el conde ya cambió,
Cediendo á los impulsos del corazon paterno,
Su tesoro mas caro contento me cedió,

Isabel. Al fin seré tu esposa, al fin vendrá sereno
El día venturoso, de dicha sin igual,
Después de tantas penas, gemidos y desvelos,
Encenderá tu mano la antorcha nupcial.

Saul. Mi Isabel, te he contado que en Veracruz un tío
Que me ama como un padre, sin esperanza ya
De vida, me suplica cual sé le pide á un hijo;
No bien su carta lea, camine adonde está:

Porque como es solo, sin hijos, sin familia,
Venido de otras tierras y establecido allí,

Sus pingües heredades acaso pasarían
Si nadie las reclama, al gobierno en botín.

Perder podré la herencia, mas no olvidar el santo
Cariño con que el viejo de padre me sirvió,
Un corazón hidalgo, jamás olvida ingrato
A quien desde la infancia su amor le prodigó.

Isabel. Fatalidad extraña, misterio inconcebible,
Preciso es que me dejes, preciso te es partir,
Ya que el adusto genio que tu destino rige,
De nuevo encarnizado nos quiere dividir.

Partes ¡oh Dios elemental! cuando iba de ventura
A realizarse bella, mi más grata ilusión,
Cuando entreabiendo el cielo sus puertas con su
Había enloquecido mi mente y mi razón. [aroma.

Más es digno de tí, mis caras ilusiones
Sacrificarlas todas por un santo deber,
Cuando hasta el borde llena de celestiales goces
Veíase ya colmada la copa del placer.

Saul. ¿Partir sin que en tus labios con trémulo suspiro
Pusieran los míos un ósculo de amor?
¿Partir sin que antes tu aliento comprimido
Sellase el juramento bendito del Señor?

Isabel. Saul, si largo tiempo la suerte nos separa,
Toma, mi bien, mi Saul, y acuérdate de mí.

(*Se quita un relicario y se lo pone á Saul.*)

Saul. No llores, no, no llores, mi corazón, mi alma,
Antes de un mes, no llores, de nueve estaré aquí.

(*Se abrazan y cae el telón.*)

ACTO PRIMERO.

La escena pasa en México, dos años despues del prólogo, en una de las principales casas.—El teatro representa un elegante retrete. Dos puertas laterales. Un piano á la derecha, y sobre él un laud y varios instrumentos. En el fondo un divan, donde estarán sentadas Isabel y Laura.

ESCENA I.

Isabel y Laura.

Isabel. Dos años ha que dichosa
Amor á Saul le juré,
Le prometí ser su esposa;
Hoy duerme en ignota fosa,
Quebrantar debo mi fé.

Laura. Isabel, mi pensamiento
Por entre sombras concibe
Su trágico fin sangriento,
Oculto presentimiento
Me dice que tu Saul vive.

Isabel. Imposible! yo he tenido
Su misma vesta en mis manos,
He visto su tordo herido,
Peleando ha sucumbido
Contra una horda de inhumanos,
Un hombre, un ángel me amaba
Con delirio y frenesí,

- Mas que á Dios me idolatraba.
Laura. Y aun en sueños deliraba
 Pensando feliz en tí.
- Isabel.* Yo tambien dentro del pecho
 Sentí de ese amor la hoguera.
- Laura.* Confiesa Isabel, que era
 De tu orgullo satisfecho,
 Retribucion lisonjera.
- Isabel.* No, era amor que no se siente
 Sino una vez en la vida,
 Volcánico, febriciente,
 Reconcentrado y ardiente
 En un alma indefinida.
- Laura.* Era un loco devaneo,
 La ilusion de tierno niño.
- Isabel.* Era mi solo recreo
 Sin vértigos, ni deseo,
 Un misterioso cariño.
 Yo le adoraba, y gozosa
 En alas de mi ilusion,
 Esperaba ruborosa
 Con la guirnalda de esposa,
 Del cielo la bendicion.
- Laura.* (*aparte.*) ¡Desgraciada!
 Todo pasa, (*á Isabel*) solo queda
 Un recuerdo de amargura
 Que acibara tu ventura,
 Como ponzoña que en leda
 Fuente, arroja sierpe impura.
- Isabel.* Y pedirme que me inflame
 En nueva llama, olvidar
 Para siempre á mi Saull
 Y pedirme que á otro ame
 Cuando á él solo puedo amar.
 Pero mi padre me ruega
 Le dé esta satisfaccion,

Y aunque á mi anhelo se plega,
Teme á Rodolfo y su ciega
Desenfrenada pasion.

(*aparte.*) Noble señor, ven, corona
De tu víctima la sien,
A tí el temor me abandona,
Yo te entrego mi persona
Y mi obediencia tambien.

Laura. ¡Virgen santa! me parece
Que sufrir no podrás ese
Sacrificio, (*aparte.*) me estremece
Sentir en el lábio un beso
Del hombre que se aborrece.

Isabel. Darle mi fô mentida
Y con mortal desconsuelo,
Al saciar su ardiente anhelo
En vez de hoguera encendida
Sentir en las venas hielo.

Laura. (*aparte.*) ¡Pobre Isabel! (*á Isabel*) fatigado
Tu espíritu al fin cedió,
Tu corazon sucumbió,
Has dado el sí deseado
Que no se cambiará en no.

Solo en silencio suspiras
Porque escuchas murmurar:
“¡No sabeis? se vá á casar
Don Rodolfo de Miranda
Con Isabel Sandoval.”

Pero oigo pasos, se acercan;
El conde tal vez será,
Que viene á ofrecerte el brazo
Para el paseo matinal.

ESCENA II.

Las mismas y Rodolfo que sale por la puerta de la derecha.

Rodolfo. Bésos los piés, señoritas,
Que ¿prevenidas no estais
Para el paseo que teneis
Costumbre las dos de dar?

Isabel. Señor conde, mi tristeza
No me deja disfrutar
De calma en ninguna parte,
Yo nací para llorar,

La alameda, el teatro, el baile
Todo me oprime tenáz,
Pues no tengo dentro el pecho
Ni una esperanza fugáz.

(Laura se levanta, toma un sombrero y da otro á Isabel.)

Laura. Vamos, Isabel querida,
No rebośes mas y mas
Esa copa de amargura
Que apurando ha tiempo estás. [Vanse.]

ESCENA III.

*Saul, embozado en una larga capa, entra con precaucion
por la puerta de la izquierda.*

Saul. Me cree muerto! mas yo mismo lo he creido:
¿No me he visto el cuerpo acerbillado,
Sangriento por el suelo revolcado?
De la muerte su amor me rescató.

Mas no bien se han cerrado mis heridas,
Y ha vuelto á palpitar mi corazon,
Cuando ardiendo en enojos he buscado
A mi lado mi lanza y mi bridon.

He jurado á la vista de mi sangre,
 Mirándola con júbilo feroz,
 A esa turba de necios guerra á muerte,
 No consiento que manden aquí dos.

Es preciso pelear, pelear sin tregua,
 Sin pararme en los medios de vencer,
 Y de frente luchando, brazo à brazo,
 Con la fuerza la astucia repeler.

Me proponen tratados, ¡miserables!
 Creen que vengo la paz á demandar;
 Les respondo implacable: ¡guerra á muerte!
 Un ultraje yo tengo que vengar!

¡A dónde habrá salido?

Laura la acompañaba,
 Sus penas ocultaba
 Sonriendo á mi rival.

¡Oh Dios! este tormento
 Destroza el pecho mio,
 El hado cruel, impío,
 Me oprime sin piedad.

Yo quiero, aunque me mate
 La fuerza del dolor,
 Saber si ya mi amor
 Mi Isabel olvidó.

Que brille la verdad:
 ¿Conocerme? ¡Locura!
 ¿Qué de la sepultura
 Había de salir Saul?

(Toma el laud, se aleja precipitadamente, y cae el telon).

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la Alameda; varias parejas se cruzan en distintas direcciones.

ESCENA I.

Isabel y Rodolfo, *sentados en una luneta*. Laura *que se acerca con unas flores en la mano*. Saul *á alguna distancia, colocado de modo que los árboles lo oculten de las demas personas; pero de manera que quede á la vista de los espectadores*.

Laura. En esta calle sombría,
Oye Isabel, el silencio
Que en tanta calma reposa,
Lo turba, escucha, el eco [Saul preludia].
Como de un laud armonioso
Mezclado con los acentos
De una voz melancólica,
Murmurando dulcemente
Como el viento entre las hojas.

Rodolfo. Será un trovador, que tierno
Alza allí sentida trova,
Y al compás de su instrumento
Versos á raudales brota.

Isabel. Quisiera oirlo, señor Conde.

Rodolfo. (*Levantándose*). Vamos, Isabel querida,
Vuestro capricho es una orden.

(*Se dirigen los tres hácia donde está Saul, y al comenzar este á cantar, se paran para oirlo*).

Saul. (*cantando*). Aleve como todos los traidores,
No ha sabido buscarle frente á frente
Y cuerpo á cuerpo, solo heroicamente
De su amada quitarle el corazon.

Comprados asesinos han abierto
De su noble rival la sepultura,
Y en ella pensó el vil ¡necia locura!
Enterrar de su amada la pasion.

Isabel. Laura, Laura, esa voz, esos versos
Conmueven y destrozan mi pobre alma.

Rodolfo (*aparte*). No comprendo, ese acento me irrita,
Cual quejido de una sombra vaga,

Isabel. Laura, acerquémonos, y dile
Que ya que es tan diestro, cante
Alguna bonita historia.

Laura. Vamos,

Isabel. Conde, vamos.

Laura (*á Saul*). ¿Quereis cantar otra cosa?

Saul (*conmovido*). Señorita, yo no sé.

Isabel. Una historia.

Saul. Una historia?

Isabel. Sí, quisiera

Oirla de vuestra boca.

Saul. No recuerdo.

Isabel. Pues entonces.

Contadnos la vuestra propia.

Rodolfo. O algun cuento.

Saul. No, lo mio

No es digno de tanta honra.

Recuerdo un hecho veridico

Cuya narracion es corta,

Y si quereis escucharme,
Lo voy á cantar ahora.

Isabel. Sí, sí, os escucharemos
Con gusto; pero sofoca
Tanto cantar; referidla.

Saul. Señorita, sea en buena hora.

Voy á contar la bravura
Del hombre mas afamado,
Que valiente y esforzado
Sucumbió á la desventura.

Su valor y suerte dura,
Su infortunada pasion,
Conmueven el corazon
De todos los que han querido
Y ardiente fuego sentido
Por amorosa ilusion.

Hace dos años vivia
Un jóven que merecia
De todos el fino amor,
Pues era el mejor cantor
De fama y virtudes lleno,
Imperturbable y sereno
En el peligro mayor.

Rodolfo. Trovador, pues me parece
Que ese es un cuento, no historia.

Saul. Historia, señor; al menos
El vulgo la corrobora,
Y yo la oí una tarde
Tomando fresco á la sombra
De un gran chopo solitario
Que hay al lado de una loma.

Este jóven adoraba
A una niña muy hermosa,
Que por gentil y graciosa
Muchos amantes contaba.
Pero ella solo escuchaba

Los suspiros de su bien,
 Y á los demas con desden
 Rechazaba de su lado.

Entre esos enamorados,
 Un hidalgo habia tambien:
 Iba el mundo á premiar
 Su tierno, amante deseo,
 Y en suspirado himeneo
 Su corazon á ligar:
 Pero ¡oh dolor! al brillar
 Su estrella con mas fulgor,
 Con siniestro resplandor
 Perdió la luz en su aurora,
 Y oculta mano traidora
 Rompió el nudo de su amor.

Llegó un dia que el amante
 Por falso aviso engañado,
 Se dirigió apresurado
 Donde un tio ya espirante
 Le llamaba, y al instante
 Por la espalda su rival,
 Cual tigre sobre su presa,
 A su víctima esperó,
 Y en el pecho le clavó
 Por tres veces su puñal.

Pero no murió, piadosa
 Le salvó una estraña mano,
 Hubo un corazon humano,
 Una alma fiel, generosa,
 Que la prodigó amorosa
 Su asistencia y su desvelo,
 Curando con tierno anhelo
 Sus peligrosas heridas,
 Con lágrimas bendecidas
 Rogando por él al cielo.

El, temiendo la injusticia

De su enemigo traidor,
 Entre recelo y amor,
 Venganza clama, venganza,
 O alcanzaré mi esperanza,
 O moriré con valor.
 Ella le olvida inconstante,
 Y como mujer variable,
 Mientras él busca insaciable
 Un renombre soberano,
 Hoy le vende al castellano
 Su amor puro

Rodolfo. (con furor.) ¡Miserable!
 ¿Cómo, cuando, en que paraje
 Te contaron esa historia?
 Responde, porque si mientes
 Mañana pruebas la horca.

Saul. (con ironía.) A mí, señor?

Rodolfo. ¡Insolente!
 ¿Al que estás hablando ignoras?

[Hace ademán de sacar la espada.] *Se acercan varios de los paseantes.*

Saul. Saca, pues, fogoso hidalgo,
 En la mano tu tizona,
 Que yo para castigarte
 Con este laud me sobra.

[Arroja el laud á la cabeza de Rodolfo y se vá.]

Rodolfo. [furioso.] Detenedle, detendle,
 [Algunos de los presentes corren tras de Saul.]

Esta injuria he de vengar;
 En su sangre miserable
 Este sitio he de bañar.

Uno de los paseantes. Imposible es alcanzarlo.

Monta un potro sin igual.

Rodolfo. ¡Oh! me vengaré, lo juro!

Ya lo lograré encontrar.

ESCENA II.

Los mismos menos Saul.

Rodolfo [*calmado*.] ¿Porqué ahora Isabel, recuerda angustiada

Casual incidente que así os separó?

¿Porqué en su delirio, la mente obcecada

Se lanza altanera, buscándole en pos?

Isabel. ¿Será que aun existe? ¿tal vez el destino

(*aparte*) Logró de la muerte la zaña embotar?

¿Será que el mismo perverso asesino

En vano su pecho llegó á traspasar?

(*dirigiéndose* El jóven del laud que tierno cantaba

á *Laura*.) ¿Cómo todo el hecho llegó á averiguar?

¿Porqué con empeño doliente miraba

Y luego seguía su historia á contar?

Su acento, su porte, sus mismas facciones,

Encubre un misterio que es fuerza aclarar.

¿Quién es? ¿qué quiere con tales razones?

Laura. Será algun pariente, tal vez tu Saul.

Rodolfo. Oh! no es posible, Saul era hermoso,

De negras madejas y pálida tez,

Este es un mendigo, quemado, androjoso,

En vez de dulzura mostrando altivez.

Isabel. Nadie le conoce; pero la sentida

Historia que audaz contó sin temor,

Su calma inaudita, su accion desmedida,

Y de vos mismo la rabia y pavor.

Y yo que sumisa doblaba la frente

Y hasta mis recuerdos queriendo olvidar,

Por mi padre solo, cual hija obediente,

Con vos iba humilde mi mano á enlazar.

Y tierna, piadosa, de ese afan dolida

Os veia á veces con tanto interés,

Que ofrecia daros corazon y vida,
Y haceros dichoso con mi amor despues.

Laura. Mas ahora primero, sublime criatura,
Primero mil veces disponente á morir,
Que con lazo eterno tu mano perjura
Al vil asesino de tu amante unir.

Rodolfo. Sufrir no puedo
Tu conducta incomprendible.

Isabel. Es una verdad terrible.

Rodolfo. Yo te digo que es mentira.

Isabel. Será mentira, señor
Mas vuestro amor no me inspira
Sino vergüenza y horror.

Rodolfo. Isabel.

Isabel. Nunca, jamas,
Aceptaré vuestra mano.

Rodolfo. [*irritado.*] A la fuerza cederás

Que nadie me burla en vano,

¿Tu palabra no me diste?

¿No te dejaste pedir?

¿Lo que entonces prometiste

Te obligaré yo á cumplir!

Basta ya de dilaciones,

Basta ya de sumision,

Sobradas humillaciones

Apuré mi corazon.

(*con ternura.*) ¿Qué no me amas, Isabel?

Isabel. Nunca os amé, compasiva

Y por mi padre, por él,

A ser vuestra esposa iba;

Y acaso en algun instante

De expansion y de amistad,

Equivoqué delirante

El amor y la piedad.

Rodolfo. ¡Oh! no me amas, no tienes

Una ilusion para mí.

¿Porqué cruel me reconvienes?

¿Porqué me tratas así?

¿Sabes tú como se llora

Cuando el amor es desden?

Isabel. ¿Y vos, sabeis como implora
Quien no puede amar tambien?

Rodolfo. El ódic tu pecho ensancha,
Mas si te dejas amar. . . .

Isabel. Señor, vuestra mano mancha
La sangre de mi Saul.

Rodolfo. Basta! basta! no me insultes
Con tan fiera sinrazon,
No mas pérfida me ocultes
Tu depravada intencion.

Si no me amabas ¿porqué
Un sí pronunció tu lábio?

Isabel. Porque un instante pensé
Que así borraba un agravio.

Rodolfo. ¡No ves que tu ciego arrojo
Provocará una esplosion!

Isabel. Vuestro cariño ó enojo
Indiferentes me son.

Rodolfo. Has de ser mia, aunque airado
Se interponga entre los dos
Mi destino encarnizado,
Satanás ó el mismo Dios.

Isabel. Nunca! jamas! os detesto
Porque os conozco muy bien,
Y desde ahora os protesto
Que solo hallareis desden.

Rodolfo. Te doy para conformarte
Un dia, y nada mas;
No me obligues á obligarte,
Pues de todo soy capaz,

Isabel. Mil veces diré lo mismo,
Vuelvo á repetir que no.

Rodolfo. (con vehemencia.) Aunque me trague el abismo

Has de ser mía, ó sino

Mi venganza

Isabel. Será honrosa

Contra una débil mujer;

Desde ahora, conde, gozosa

La sufriré con placer.

Rodolfo. No, Isabel, nunca mi mano

Descargaré sobre tí;

Intentarlo fuera en vano,

Si yo lo dije, mentí.

Pero hay otros que tú adoras,

Otros que te harán llorar

Cuando mires punzadoras

Sus lágrimas resbalar.

Isabel. Llorando tierna con ellos

Mitigaré su dolor.

Rodolfo. ¿Y si amenaza su cuello

Un puñal?

Isabel. Con nuevo horror,

Con doble zafia enemiga,

Veré al déspota, que necio

En la inocencia castiga

De una mujer el desprecio.

Rodolfo. Si en tono murmurador

Les digo: que si me amaste

Fué por encubrir tu honor,

Que á otro amante abandonaste;

Y que ébrio con tu ternura

Ni pido, ni quiero mas?

Isabel. Si mi virtud está pura

¿Qué me importa lo demas?

Rodolfo. Yo diré que son traidores

Tus parientes.

Isabel. No hay aquí mas leales servidores

Del gobierno.

Rodolfo. Sí, ya lo veremos!
 Tu padre perderá todo.

Isabel. Quizá!
 Y aunque bien ó mal le cuadre
 A trabajar volverá.

Rodolfo. Alzaré un lecho opulento
 Digno Isabel de los dos;
 Frenético allí en mi ira
 Te trataré yo á mi vez,
 Cual mujer á quien se tira
 Una moneda despues.

[*Isabel se desmayó, y Laura, que se acerca apresuradamente, la recibe en los brazos.*]

ESCENA III.

Los mimos y Saul que sale de entre la enramada.

Saul. De rodillas, miserable,
 Has de pedirle perdon,
 O de un tiro inexorable
 Te atravieso el corazon. (*Saca una pistola.*)

Rodolfo. ¡Desmayada está!

Saul. No quiero
 Una palabra escuchar,
 Arrodillate.

Rodolfo. Primero
 Me dejaré asesinar.

Saul. [*amartillando la pistola.*]
 Pues prepárate á la muerte
 Y encomienda tu alma á Dios.

Rodolfo. [cayendo de rodillas.]
Humillarme de esta suerte
¡Que afrenta, cielo!

Saul. Y van dos.

[CAE EL TELON.]

ACTO TERCERO.

La escena pasa en la hacienda de la Cañada, cerca de S. Angel, propiedad de D. Enrique de Sandoval. —El teatro representa un salon, con puerta en el fondo, dentro de la cual se verá un oratorio. Una puerta á la derecha y una ventana á la izquierda.

ESCENA I.

Fray Gustavo, Enrique, Isabel, Laura, Rodolfo, parientes y testigos.

Enrique. Pasaron los dias
De iuto y quebranto,
Enjuga el llanto,
Sofoca el dolor.
Que hoy entre nubes
De nácar y grana
Luce una mañana
Que amor engalana
Con áureo fulgor.

Rodolfo. Feliz yo que gozo
Tan grata ventura,
La dicha tan pura
Que da el corazon,

Feliz quien se olvida
 Del mundo terreno,
 Y abriga en su seno
 De amor y fé lleno,
 Celeste pasion.

Laura (á Isabel.) Ya ves en tumulto,
 Parientes, amigos,
 Tambien los testigos
 Reunidos se ven.

Y ansioso himeneo
 Te pone en la falda
 De azul y esmeralda
 Triunfante guirnalda
 Que adorne tu sien.

Al punto, anhelante
 Compon tu semblante,
 Tu pié vacilante
 Apoya Isabel.

[*Entran todos en el oratorio, donde Fray Gustavo que ha estado arrodillado desde el principio de la escena, comienza la ceremonia del matrimonio.*]

(*Voces dentro*) ¡Alarma, guerrilleros, alarma!

[*Salen todos apresuradamente.*]

Fr. Gustavo (á Rodolfo.) Huye, si te quedas
 Tu vida hoy espone.

[*A Isabel.*] Sin mas dilaciones,
 Lee aquestos renglones.

Isabel. ¿De quien son?

Fr. Gustavo. Adios. [*vase.*]

ESCENA II.

Los mismos, menos Fr. Gustavo.--Rodolfo, asemándose á la ventana.

Isabel. (leyendo). “Rápida, muda, celestial sonrisa,
 Entreabrirá tus lábios, Isabel,
 Aroma sentirás de fresca brisa,

Cuando veas con mi nombre este papel.
 Dos palabras oscuras, misteriosas,
 Tras las cuales se esconde la verdad.
 Van muy presto á mostrarte luminosas
 Las huellas de perdida realidad."

[*Rodolfo se acerca á Isabel, que oculta el papel.*]

Rodolfo. Huyamos, huyamos, estamos perdidos,
 Hacia aquí triunfantes vienen los bandidos:
 Ya suben, ¡Oh Dios!

(*Al marqués.*) ¿No sentís sus pasos, marqués?
 Isabel, huyamos, huyamos los dos.

Mientras que se entregan á horribles excesos,
 Y pasan la noche feroces saciando
 Su cruel frenesí,

Nosotros á oriente, siempre galopando,
 Pronto encontraremos algun pueblo ó villa
 Distante de aquí.

Corred, pues, marqués, ordenad que ensillen
 Los buenos caballos; la menor tardanza
 Nos puede perder. (*Se va el marqués.*)

(*Isabel se sienta tranquilamente.*)

¿Qué es eso, Isabel, no temes
 A ese bandido malvado
 De infausta celebridad?

¿No sabes que es un demonio,
 De nuestra sangre insaciable,
 Que no respeta implacable,
 Sexo, carácter ni edad?

[*Las voces siguen con mas fuerza.*]

Voces. "Muera el conde de Miranda."

Rodol. Pero no escuchas? el ruido
 Se va aumentando, parece
 Que ya suben en tropel.

Ya me buscan: ¡Dios Eterno!
 Alumbradme en este infierno.

Isabel. No temais, conde: esa furia del averno,

Es generoso y valiente,
Respetará al inocente,
No es tan sanguinario, no,
Como le pintan: yo creo
Que sin haceros agravio
Podríamos . . .

Rodolfo.

Sella el lábio
Y no delires; por Dios!
Confiar en un miserable
Que á los suyos va diciendo:
Mata, estermina, degüella,
Y donde estampes tu huella
Ni aun césped torne á brotar.

Isabel.

Pero dicen que respeta
A los niños y mujeres.

Rodolfo.

Para aumentar sus placeres
Y haciar su torpe sed.
Créeme, Isabel, y no pierdas
En delirios caprichosos
Esos rayos luminosos
Que fría y tranquila ves.

Isabel.

Y bien, conde, si os dijera
Que solo un acento mio
Os libraré del impío
Que os persigue sin cesar?
¿Si os dijese que á mi ruego,
Prosternando la rodilla,
Se vendria él á entregar?

Rodolfo.

¿Estás loca? No comprendo
Lo que dices; ven, escucha.

[*Se oyen disparos de fusil y quejidos como de un hombre gravemente herido.*]

Isabel, acercándose á la ventana,

Es el viento que bramando
Del jardin en la floresta
Acaso nos vaticina
Algun pesar á los dos.

Enrique, sale apresuradamente. Somos perdidos!

El jardín ya está tomado;
Cerca de él, mi fiel criado
Por salvarnos pereció.

Rodolfo. Si, ya vienen, es inútil
Toda esperanza, no hay medio:
Fuerza es morir sin remedio.

Isabel, con ironía, señalándole el oratorio.

Ocultaos, Rodolfo, ahí.

Rodolfo. ¿Ocultarme? ¿Y para qué?
¿Para mirar entre tanto
Vuestra deshonra y quebranto?
Moriré peleando aquí.

ESCENA III.

Los mismos y Saul rodeado de guerreros.

Saul. ¿Porqué os hace temblar solo mi vista?
¿Porqué me veis con ódio concentrado?
Soy Saul, cambiado el nombre
Para ponerme al frente de soldados.

Levanta la frente, hidalgo, yo creía (*á Rodolfo*)
Que fueras tan valiente como falso,
Pero te veo temblando como el reo
En la presencia de su juez airado.

Me conocéis muy mal, si receloso
Deplorais vuestra suerte de antemano,
De mí, nada temais, nunca perjura
La mentira falaz manchó mi lábio.

Vuestra vida no corre ningun riesgo,
Saldreis de estas riberas libre y salvo.

Rodolfo. Yo no temo la muerte, porque altivo
He sabido afrontarla sin espanto.

Tú mismo me has visto muchas veces
Con firme corazón y fuerte brazo,

Acuchillar tus formidables huestes
Que atrevidas pisaban nuestros llanos.

Al número he cedido, no al esfuerzo
De miserables indios sublevados.

Saul. Pero en esta ocasion, la mas solemne,
No fué vuestro heroismo tan bizarro.

Desde el principio yo os busqué anheloso
Y no os pude encontrar en todo el campo:
Cobardemente huisteis, comandante,
A vuestra heróica tropa abandonando.

Rodolfo. He huido, sí, he huido, mas fué solo
Por salvar de la infamia y del escándalo

A esta mujer, á quien adoro ciego,
Y que perjura me traiciona acaso:
Pero no hablemos de eso, desearia,
Unica gracia que de tí reclamo,

Un secreto terrible confiarte

Saul. Un secreto terrible ¡voto al diablo!
¿Os chanceais, señor conde?

Rodolfo. Hablo de veras.

Saul. (á sus soldados.) Id mis valientes, y llevad doquiera
Ruina, desolacion, sangre y estrago,
Enseñad á los nobles estranjeros
A respetar al pueblo mexicano.

(*Salen todos.*)

ESCENA IV.

Isabel, Saul y Rodolfo.

Isabel. Yo no quiero salir, Saul; yo te ruego
Me dejes por piedad aquí á tu lado,
No me separes de tu dulce vista,
Pues temo que el destino encarnizado
Nos vuelva con su zaña á dividir.

Saul. Quédate, mi adorada: (á *Rodolfo*) en ese caso,

Ya que estamos los tres, cuanto os agrade
Podéis decirme sin ningún reparo.

Rodolfo. Eres Saul?

Saul. El mismo que una noche,
Sorprendido por vos en Cuajimalpa,
Calló herido de varias puñaladas,
Cuyas huellas el tiempo aun no ha borrado.

Además, señor conde, aquí conservo
Prendido de mi pecho un relicario
Que me dió mi amada al despedirme
Humedecido con su tierno llanto.

Isabel. ¡Oh! sí, eres tú, mi bien, mi amor querido,
Mi Saul, el que amaba, el que amo tanto.

Rodolfo. Y le ama todavía, y me engañaba,
¡Y sufre este baldón un castellano!

Isabel. Yo te pido su gracia, ahora
Olvida compasiva mis agravios.

Saul. Habladme sin rebozo, cual se habla
A un amigo afectuoso, á un hermano.

Rodolfo. ¿Eres también el trovador?

Saul. El mismo. Soy el hombre
Que humillado os obligó á que pidiérais
Perdon á una mujer arrodillado.

Aunque postrada en tierra sin sentido,
Al volver de su fúnebre desmayo
En pié ya os encontré; mas vino gente,
Me oculté en la alameda apresurado.

Rodolfo. ¿Y ahora eres Gilberto?

Saul. Electo jefe

Fuí por los indios; combatiendo osado
Renegué de mi Dios y de mis creencias
Para halagar mejor su instinto bárbaro.

Me cebé de sangre, y terrible
Dejé de sangre y esterinio un rastro;
Los salvajes se hicieron aguerridos
Luchando con los vuestros brazo á brazo.

- Les enseñó el arte de la guerra
Por medio de durísimos ensayos.
- Rodolfo.* Tuviera los infantes y ginetes
Que debían llegar, y no han llegado,
En esta misma noche cuando iba
A unirme á ella con eterno lazo.
- Saul.* Lo sabía, señor conde, y llegué á tiempo
Para arrancarla yo de vuestros brazos.
- Rodolfo.* ¡Y quién es el traidor, el vil espía,
Que mi secreto te vendió villano?
Ayer determinóse nuestra boda,
Y tú ayer te encontrabas en Jalapa.
- Saul.* Yo no sé donde estaba, sé que era
Léjos de aquí, muy léjos; pero en vano,
Que el amor es veloz, presta sus alas
A quien lleva en el alma su cruel dardo.
- Rodolfo.* El nombre del traidor, el nombre.
- Saul.* Ahora aunque quisiérais no podríais vengaros;
Os lo voy á decir para que sea
Vuestro gozo mayor.
- Rodolfo.* ¿Se llama?
- Saul.* Cárlos.
- Rodolfo.* ¡El amante de Laura!
- Saul.* El noble jóven
Que un día os insultó insensato,
Y que vos en castigo ese día
Despachásteis de aquí desterrado
A Colima, y en cárcel detenido
Vió los días, los meses y los años,
Hasta que el oro, al fin, rompió sus grillos
Y las puertas abrióle de la cárcel.
Retiróse á una estancia en el cercano
Límite de San Angel, y desde ella
Viviendo retirado y solitario,
El era quien me daba los informes
Por los cuales obraba confiado,

Y si no juntos huyamos;
 Llévame contigo, vamos,
 ¿No quieres mi ruego oír?
Saul. Sí, mi Isabel, ese infame,
 Por mas que noble se llame,
 Es un cobarde, un traidor:
 Que es capaz en su impureza
 De profanar tu belleza
 Aun sin vida y sin calor.
 Aquí me estaré contigo,
 Yo te serviré de abrigo,
 Sabré morir ó vencer,
 Y ni el mismo infierno abierto
 Podrá hacerme atrás volver.

ESCENA V.

Isabel, Saul y Fray Gustavo.

Saul, á Fray Gustavo. Como un lirio que en su aurora
 Inclina la frente y llora
 Marchitándose en su albor,
 Si al pasar el viandante
 Pisa el tallo que arrogante
 Se calumpiaba en redor;
 Miradla, que dolorida
 Sin esperanza de vida
 Yace postrada Isabel.
 Mirad, que ya en su mejilla
 En vez de carmin brilla
 Moribunda palidez.
 Ya sus divinas miradas
 Por instantes apagadas,
 Van perdiendo su altivez.

Padre mio, sin recelo
Dejo Isabel: dad consuelo
A su profundo dolor.

Salgo fuera: si la suerte
No me depara la muerte,
Vendré á darla yo calor;

Mas si sucumbo cansado,
Moriré desesperado
A la mano de un traidor.

[vase.]

ESCENA VI.

Isabel y Fray Gustavo.

Isabel, (moribunda). Padre mio, despiada
Mi estrella cruel me condena
A morir sin el consuelo,
Sin la esperanza halagüeña
De ver los caros objetos
Que mas amaba en la tierra,

Llamo á Laura y no responde
Hasta mi Saul me deja,
Huye de mí, ¿adonde ha ido
Que lejos de mí se encuentra?
¿Qué suerte le habrá cabido
A mi buen padre? La fiera
Mano que me hirió podría
Enzañarse en él tremenda.

Fray Gustavo. Isabel, ahora

Tales pensamientos deja,
Elévate á Dios que solo
Podrá mitigar tu pena.

Tus pensamientos mundanos
Por un momento desecha,
Y vierte en mi seno amigo
Las culpas de tu conciencia.

Isabel.

Mis pecados serán muchos;

Pero ahora no los recuerda
 Mi memoria, que culpable
 Solo de Saul está llena.

F. Gustavo. Habla, Isabel, no demores
 Con mundana complacencia,
 El instante en que dichosa
 Mi bendición darte pueda.

Isabel. Al nacer tuve una madre
 Tan piadosa como tierna,
 Que me educó desde niña
 En vuestra santas creencias.

Cuando cumplí mis trece
 Venturosas primaveras,
 Entonces murió mi madre
 Tras una larga dolencia.

Mi madre, que yo adoraba
 Con idolatría ciega,
 De mi padre las tiernas
 Caricias desvanecieron
 Al cabo mi dura pena,
 Y contribuyó no poco
 A volverme mi primera
 Alegría, los elogios
 Y las frases lisongeras
 Con que todos se humillaban
 Ante el sol de mi belleza.

Una tarde, en Tacubaya,
 Del florido mes de Abril,
 Estando en unas carreras,
 Ví un jóven que desde lejos
 Me miraba con reserva:
 Quise verlo mas de cerca,
 Y adelanté mi caballo
 Hasta la primera hilera.

Cuando ganó la carrera,
 Con que modestia y orgullo

Descubrióse la cabeza!
 Y recojiendo anheloso
 El premio que habia ganado,
 Paso á paso, lentamente,
 Con una rodilla en tierra,
 Vino á ponerlo á mis plantas
 Como reina de la fiesta.

Cuando le ví arrodillado
 Tendile mi mano trémula,
 Y al tocar la suya, fuego
 No sangre corrió en mis venas.

F. Gustavo. Pobre niña, á quien la vida
 Sonriendo con sus galas,
 Vino la muerte, y las alas
 Cortó á tu ilusion querida.

Isabel. Nos amamos, y dichosos
 Con nuestra pasion honesta
 Creiamos llegara un dia
 De plácida union eterna.

Era nuestro amor tan puro
 Que hasta los ángeles mismos
 Si trasformarse pudieran
 En mortales, no se amaran
 Con mas delirio y pureza.

Jamas, jamas, padre mio,
 Ninguna raundana idea,
 Ningun terrenal deseo
 Mancilló nuestra inocencia.

Una lucha grande y bella
 Revelaba en sus trasportes,
 Y con trémulo acento,
 Cual si ofenderme temiera,
 A intervalos me decia:
 Isabel, mi amor, te adoro,
 Es tuya mi vida entera.

Yo jugando con las ondas
 De su rizada melena,

En voz baja le decia,
De amor y ventura ébria:
Mi Saul, yo tambien te adoro,
Te adoro hasta la vehemencia,
Y por hacerte dichoso
La vida y el alma diera.

Mas el astro de ventura
Despareció en tinieblas;
Un hombre fatal, nacido
Bajo maldecida estrella,
Cambió en fúnebres crespones
Mi ansiada nupcial diadema.

Luego . . . pero á qué contaros
La lucha horrorosa, eterna,
Que dos años, dia por dia,
He sostenido serena?
En vano me repetian:
Tu amante murió en la sierra;
Secreta voz me decia:
El vive, en tu amor espera.

F. Gustavo. Isabel, hija querida,
Olvida esos sentimientos,
Y hoy que abandonas la vida,
Eleva tus pensamientos
A esa diamantina altura
Donde tu Criador te espera.

Isabel. Me arrepiento de mis culpas,
De los pesares y penas
Que he causado á mi familia,
Tan indulgente y tan buena.

De todo, en fin, cuanto ahora
Ofender al cielo pueda,
Solo llevaré á la tumba
Aunque los cielos se ofendan,
Este amor puro, sublime,
Que mi alma en su centro encierra
Si hay otra vida, si acaso

El alma sin la materia
 Se traslada á otras rejiones
 Sin que se mude su creencia,
 Allí mi voz amorosa
 Cruzando las densas nieblas,
 Repetirá, vida mia,
 Aquí tu vida te espera.

ESCENA VII.

Los mismos y Saul que sale agitado y cubierto de polvo y sangre.

Saul. Isabel, Isabel, vida mia,
 Isabel ¿no me escuchas? soy yo,
 Ya te vuelve, mi bien, la energía,
 A tu lado ya vuelvo veloz,
 Isabel, el cobarde asesino,
 El traidor que labró mi desgracia
 Y del mal me lanzó en el camino,
 Ya sus crímenes todos pagó.
 Con el mismo puñal con que alevé
 Desgarrara tu cándido seno,
 Frente á frente, peleando sereno,
 Sin piedad le partí el corazón.
 En su sangre le ví revolcarse
 Demandando perdon á tu sombra,
 Y tres veces sin fuerza hincarse
 Entre ahuyidos de rabia y dolor.

Fray Gustavo. [*Queriendo alejar á Saul de Isabel.*]

Tu cerebro trastorna la pena,
 No distraigas su muerte piadosa;
 Deja, Saul, tu locura afanosa,
 Que te aleje es preciso de aquí.

Saul. ¡Oh! dejadme padre, dejadme,
 Pocas horas me restan de vida,

Y mi muerte será bendecida,
Si en sus brazos consigo espirar.
Isabell mi esperanzal mi cielo!
Oye al menos mis últimas preces,
Y que premie mi amante desvelo
Tu mirada, una sola no mas.

Isabell. ¡Oh! mi Saul! mi Saul! yo te ruego,
Te suplico me hables piadoso,
¡Oh! me abrasa tu mano, y el fuego
De tus ojos me llena de horror.

Saul, Saul, vida mia!
¿Porqué dices morir, que delito
Ha manchado de nuevo y ha escrito
En tu frente, fatal maldicion?

Dime al menos, Saul, que es mentira,
Que Rodolfo aun existe, que solo
Un arranque de celo, de ira....
¿Su perdon no me diste?

Saul. ¡Gran Dios!
Perdonarle, Isabel, perdonarle!
Si ese tigre naciera mil veces
Yo mil veces volviera á matarle,
Y en su pecho mi encono á saciar.

Cuanto existe en el orbe no vale
Una lágrima tuya, bien mio,
Y en tu sangre bañóse el impío
Y te roba á mi amor su maldad.

Cuanto encierra de humano y eterno
A pagarla no fuera bastante,
¡Oh! ni el mismo Hacedor, ni el infierno
De mi mano arrancarlo....

Fray Gustavo. ¡Callad!

No insulteis la divina grandeza,
El delira, Señor, perdonadle!
Ha perdido tal vez la cabeza.
Ese crímen procura olvidarle.

Fray Gustavo [viendo que han espirado, toma de la mesa un crucifijo y se acerca.]

Ahí están, en mis manos convulsas
Brilla el leño de angustia y quebranto;
Ahí están [*cae de rodillas*] mi oracion y mi llanto
Por sus almas te ofrezco, Señor.







*Amor y traición. Tragedia escrita en verso
y dividida en tres actos y un prólogo*
se publicó en acceso abierto en enero de 2026.

Para su maquetación se utilizaron:

Scribus, software libre para maquetación editorial
GIMP, software libre para edición de imágenes
pdf24, conjunto de herramientas para editar pdf
y las tipografías libres

Piazzola, de Huerta Tipográfica,
fundidora tipográfica colaborativa de Buenos Aires,
Overpass, de Delve Fonts,
despacho asentado en San Francisco, California.

